
Los mil usos de la historia

Notas recopiladas por Jean Meyer

Arnold Toynbee diagnosticó, en su *A Study of History* (tomo IV: 291 sq. Oxford: 1946), a propósito de Irlanda: “Esa hipnotización de un ser vivo por un ser muerto, que ha sido el efecto de una Virginia y de una Carolina del Sur *ante-bellum* sobre las mismas *post-bellum*; se puede ver también a la obra en la historia de Irlanda [...] Durante la negociación del acuerdo anglo-irlandés de 1921, Mr David Lloyd George apuntó que ‘en Irlanda no hay pasado; puro presente’. Y un amigo inglés del de la pluma, que ha viajado constantemente entre Irlanda e Inglaterra en una misión privada de reconciliación en los meses durante los cuales la guerra entre el gobierno británico y el Sinn Fein estaba en su apogeo, recibió un día con angustia la noticia, por parte de informantes irlandeses, que los ingleses habían cometido atrocidades especialmente horribles sobre X y Z en tal y tal lugar; luego descubrió que eso no había sido cometido la semana anterior por los Black-and-Tans, sino en el siglo XVIII por los soldados de Cromwell. Cuando sus interlocutores irlandeses se dieron cuenta de la confusión y la corrigieron, manifestaron su gusto por haber disipado su angustia, pero intelectualmente no podían entender ni su desesperación cuando supuso que esta atrocidad había sido cometida ahora, ni su intensa satisfacción al descubrir que esta vergüenza, que manchaba el honor de Inglaterra, había sido cometida hace tres siglos, y no hace tres semanas o tres días. Para los irlandeses, lo que los soldados de Cromwell habían hecho era parte integral del caso presente de Irlanda contra Inglaterra [...]. Mientras en Irlanda los descendientes católicos de Gael y los protestantes del rey James I y de los colonos militares de Cromwell tienen la misma relación que el aceite y el vinagre en la ensalada, o que los cristianos orto-

doxos y los colonos musulmanes turcos en Rumelia, los *habitants* franceses en Canadá, e incluso los *boers* holandeses en África del Sur, se han convenido de colaborar con los colonos ingleses –cuya presencia es un recuerdo vivo de la conquista– para trabajar en la tarea común de construir un gobierno autónomo.”

Georges Duby, en una larga entrevista publicada en *Le Monde* del martes 26 de enero de 1993, afirmaba que “el mundo descubre con estupefacción que la historia corre el riesgo de volverse más y más ruidosa y furiosa”. Era el momento de la guerra entre serbios y croatas, en Bosnia-Herzegovina, un conflicto justificado por la mayoría de los historiadores de cada nación, víctimas todas de lo que Toynbee llama “*The Self-Hypnotization of Narcissus*”.

En el número de la revista *Esprit* de diciembre 2002, Etienne Boisserie, Pierre Pachet y Alain Paruit publicaron “La Roumanie, le travail de mémoire et la méthode historique”, una prolongación de la reflexión abierta en el número de agosto-septiembre del mismo año, por Alain Paruit: “Comment critiquer Eliade, Cioran et Ionesco?”.

En su artículo “Les leçons de l’histoire” (*Le Monde*, 7 de julio de 2004), Didier Bassin escribe “historia” con “y” para reflexionar sobre los acontecimientos que mezclan historias particulares e histerias colectivas (*hystéries* en francés). La memoria histórica del agravio, cultivada y perpetuada sin fin, abona el terreno para la histeria.

Hans Ulrich Gumbrecht vio publicado en español, en 2004, por la Universidad Iberoamericana, su libro *En 1926, viviendo al borde*. Pregunta, en la página 13: “¿Qué podemos hacer con nuestro conocimiento sobre el pasado, una vez que hemos abandonado la esperanza de ‘aprender de la historia’ con independencia de medios y costos? Ésta no es necesaria y ‘hermenéuticamente’ la única pregunta que un lector necesita a efectos de entender este libro; en cambio, es la pregunta que el autor piensa que lo empujó a escribir. Esta –por ahora perdida– función didáctica de la historia parece estar cercanamente relacionada con el hábito de pensar y representar la historia como una narrativa. Siento es verdad, entonces, que una actitud postdidáctica *vis à vis* nuestro conocimiento acerca del pasado tiene que implicar la búsqueda de formas no narrativas de representación historiográfica [...] Es sobre todo la pregunta acerca de qué imaginamos que el pasado

‘es’ (la pregunta acerca del pasado como ‘material bruto’), antes de que comencemos siquiera a pensar acerca de posibles formas para su representación”.

El colega ucraniano Serhii Plokyh ilustra lo dicho por Toynbee y contesta a Gumbrecht en su *Unmaking Imperial Russia. Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History* (University of Toronto Press, 2005). Estudia la vida y la obra del historiador ucraniano M. Hrushevsky (1866-1934), uno de los actores más importantes del movimiento nacional ucraniano a fines del siglo XIX y principios del XX. Como historiador contribuyó poderosamente a destruir el viejo relato imperial ruso de una “rusitud” trinitaria que une a rusos, ucranianos y bielorusos, y a elaborar el nuevo paradigma de la nación y del nacionalismo ucraniano. Comunidades imaginadas, comunidades imaginarias, demasiado reales. Arrestado en 1930 por los agentes de la OGPU, ejecutado en 1934, figura ahora en el panteón de los mártires de la causa nacional. La Ucrania independiente (diciembre 1991) ha reeditado su versión de la historia nacional en diez volúmenes con un tiraje de 100,000 ejemplares. La publicación de sus obras completas en 50 volúmenes sigue su curso.

En el verano de 2007 el gobierno polaco hizo votar una ley elaborada por la Secretaría de Cultura para suprimir los monumentos que glorifiquen al Ejército Rojo. Los que contienen cenizas de soldados se mandarán a panteones militares, algunos otros irán a “lugares más apropiados” como el museo comunista de Kozlowka cerca de Lublin. Polonia seguía así el ejemplo de Estonia, sin dejarse asustar por la crisis provocada entre Talin y Moscú por el desplazamiento del monumento a los soldados soviéticos desde el centro de la capital hacia un panteón periférico (gazeta.ru, 25 de mayo de 2007).

En Holanda, después de largos años de abandono a la enseñanza de la historia nacional en las escuelas, el gobierno decidió volver obligatoria la asignatura de historia de los Países Bajos, en base a un catálogo de 50 hechos y personajes esenciales. Las escuelas cristianas decidieron entonces redactar su propia lista, diferente el “canon histórico” elaborado por historiadores independientes, para la escuela pública (julio de 2007).

Le Monde, miércoles 11 de julio de 2007: Europa del Este, un pasado que no pasa. La delicada apertura de los archivos de las expolicías políticas. Des-

pués de la caída del muro de Berlín, el proceso de “descomunización” de los países del antiguo bloque soviético ha comenzado en orden disperso, acompañado o no por un trabajo de memoria. Mal cerrados, dichos capítulos se reabren de manera periódica, muchas veces políticamente recuperados. Se han creado institutos de memoria, museos del terror o del totalitarismo.

En *Reforma*, el diario mexicano, el 10 de septiembre del 2007, Roger Bartra declara: “Este ritual (centenario de la Revolución de 1910, bicentenario de la revolución de Independencia de 1810) va a coincidir en un momento preelectoral, vamos a estar a dos años a la transición a un nuevo sexenio (presidencial), es evidente que los ánimos van a estar caldeados y que vamos a vivir una situación de tensión preelectoral, en ese sentido todos van a tratar de aprovechar las celebraciones para su causa y llevar agua a su molino”.

Le Monde, viernes 12 de octubre del 2007: “Un voto en el Congreso americano sobre el genocidio armenio indigna a Ankara”. Con todo y la oposición del entonces presidente George W. Bush, una comisión de relaciones exteriores del Congreso votó, 27 contra 21, un texto que reconoce el genocidio armenio. Ese documento, dice Turquía, es “inaceptable”. Dos años antes había pasado lo mismo y el texto no había sido aprobado ulteriormente por la Cámara de los Representantes. En 2007 el resultado no fue diferente y a fines del 2009 el tema volvió a presentarse.

“Historia, memoria y mundialización”, de Bertrand Le Gendre y Gaïdz Minassian (*Le Monde*, jueves 27 de diciembre del 2007): “A medida de que el mundo se hace más chiquito, se torna más propenso a la ansiedad y más intentan los pueblos tranquilizarse volviendo a visitar su pasado. Genocidio armenio, colonización, esclavitud... Dramas viejos de varios siglos suben a la superficie [...] Sin pasado compartido, no hay presente común [...] En su obsesión por condenar al franquismo, a la izquierda española no le gusta que le recuerden que los republicanos cargaron con la responsabilidad de masacres [...] A fuerza de denunciar la esclavitud colonial europea, los excluidos de la Historia han llamado la atención sobre la esclavitud de los africanos por los árabes, y de los africanos por los africanos, durante siglos. Los armarios de la Historia dejan así salir sus secretos, para mayor confusión de los que los abrieron. El derecho de ingerencia histórica, que cada quien se otorga ahora, parece, después del inventario, una caja de Pandora”.

Ian Buruma, en “Legislar la historia” (*El Universal*, 29 de diciembre del 2007) afirma que “el deseo de controlar el pasado y el presente es, naturalmente, un rasgo común a las dictaduras. Abrir el pasado al examen público forma parte del mantenimiento de una sociedad abierta, pero cuando los gobiernos lo hacen, la historia puede volverse un arma contra los oponentes políticos y, por tanto, resultar tan perjudicial como la prohibición de las investigaciones históricas. Es una razón poderosa para dejar los debates históricos a escritores, periodistas, cineastas e historiadores”.

Pilar Bonet (*El País*, jueves 27 de diciembre del 2007) escribe en “La guerra de la memoria” que el pasado de la antigua URSS funciona como arma política y que los países surgidos del imperio soviético, empezando por Rusia, hacen interpretaciones cada vez más alejadas de su historia común. En Ucrania, el presidente Victor Yushchenko, hostigado por Moscú desde la campaña anterior a su elección, denuncia la hambruna artificial provocada por Stalin en 1932-1933 como un genocidio (*Holodmor*), mientras que el presidente Putin niega el hecho y celebra a Stalin como el gran estadista modernizador y vencedor de la Alemania nazi.

Enero del 2008, Varsovia (prensa polaca e internacional). El libro del historiador polaco-americano de la Universidad de Princeton, Jan Tomasz Gross, *El miedo (Straj)*, salió a la venta el 11 de enero y provocó enseguida una viva polémica en Polonia, hasta el grado de que los tribunales tuvieron que tomar parte en el asunto. El autor ha sido acusado de “difamación contra la nación polaca”, en virtud del artículo 132 del código penal que prevé hasta tres años de cárcel para “quien impute a la nación polaca la complicidad, organización o responsabilidad de crímenes nazis y comunistas”. Gross estudia actas antisemitas en Polonia después de 1945, de la derrota de los nazis y de la llegada del ejército soviético, en particular la masacre de 40 judíos ocurrida en Kielce en julio de 1946. Se le reprocha “la generalización y el tono de un acusador público, no de un historiador [...] que lo coloca fuera del debate serio, histórico y científico sobre el antisemitismo después de la guerra”.

Historia y gas entre Rusia y Ucrania. Fuente: gazeta.ru, 12 de febrero del 2008. En el contexto de la guerra del gas entre Ucrania y Rusia, los presidentes Putin y Yushchenko tratan de la historia de Ucrania. Vladimir Putin le reclama a Victor Yushchenko la “nueva historia de Ucrania que

maltrata a Rusia y a la Unión Soviética”. Putin no acepta que la hambruna de 1932-1933, que no niega, pero minimiza, sea calificada de “genocidio” por Kiev, algo que tilda de “panfleto antiruso”. Tampoco le gusta que en la capital ucraniana, una calle haya recibido el nombre de Simon Petliura, fundador de la breve Ucrania independiente de 1918, asesinado en París en 1926 .

Dstrucción de un imperio: la lección bizantina. Tal es el título de una emisión de una hora presentada a principios de 2008 por la televisión rusa. Tuvo tal audiencia, que la volvieron a transmitir con un suplemento de 45 minutos de discusión que llevaba a la conclusión de que Rusia no puede existir sino como un imperio ortodoxo. Es muy interesante el comentario de Nikolai Patrushev, director del FSB, servicio federal de seguridad: “Los que estudian historia saben que la seguridad existió desde hace mucho. Sofía Paleologa se casó con nuestro Zar Iván III; como sobrina del último emperador bizantino, prestó mucha atención a la Seguridad” .

Nuestro colega Serguei Ivanov, especialista de historia bizantina, dice que el documental se aleja mucho de la verdadera historia para extrapolar de manera muy simplista asuntos sobre la Rusia actual. La meta de los realizadores no era ni la historia de Constantinopla, ni los valores de la ortodoxia; en ausencia de una nueva ideología para los rusos, se manipuló la historia bizantina para justificar el antioccidentalismo (Constantinopla fue traicionada, abandonada a los turcos por la Europa católica porque era ortodoxa) y la xenofobia. Conclusión: desconfíen del Occidente y de las influencias externas, confíen en un zar fuerte. (Fuentes: gazeta.ru, Radio Svoboda).

“Roma y los bárbaros: el nacimiento de un nuevo mundo”, es el título de una extraordinaria exposición que se presentó en el Palazzo Grassi de Venecia en el primer semestre del 2008. Sus organizadores, entre los cuales se encontraba Jean-Jacques Aillagon, ex Secretario de Cultura de Francia, para nada conformistas, rehabilitan a los vándalos, godos y hunos. El mensaje es una comparación entre los últimos siglos del Imperio Romano y la situación de la Unión Europea frente a sus millones de inmigrantes. Conclusión implícita: la mejor defensa es la asimilación generosa...

“Tres historiadores frente a los tabúes argelinos” (*Le Monde*, miércoles 27 de febrero del 2008). El documental *Argelia, historias que no deben contarse*

de Jean-Pierre Lledo, cineasta franco-argelino, ofrece una versión controvertida de la convivencia entre franceses de Argelia y locales, antes de la independencia de 1962. A lo largo de casi tres horas, el director intenta mostrar que, en el seno de la historia dura, trágica y cruel de la colonización, hubo espacio para amistad, fraternidad y hasta amores. Una historia real, poco visible, políticamente incorrecta para muchos, empezando por los gobernantes del país africano. Instrumento de querellas políticas, la película salió en Francia solamente. El director entrevistó a veteranos de la guerra de independencia y también a sus hijos y nietos, que no vivieron esa conflagración.

Tres historiadores vieron el documental: Mohammed Harbi, Benjamín Stora y Daho Djerbal. Todos han publicado excelentes libros sobre el tema y nacieron en Argelia, pero sólo el último vive todavía allá. Aprecian el documental, pero consideran que es una película de recuerdos, no de historia, porque falta el contexto. Sin embargo, dice M. Harbi: “El principal mérito de la obra es crear un escándalo, incitar a los argelinos a aceptar mirarse, aún si el espejo que se les presenta es deformante”.

“Hiroshima : lo que el mundo no había visto nunca”, anuncia a ocho columnas el ejemplar de *Le Monde* del sábado 10 de mayo del 2008. Diez fotos, escondidas durante 60 años por el difunto soldado americano Robert Capp, enseñan por la primera vez a las víctimas de la bomba lanzada el 6 de agosto de 1945. Diez fotos divulgadas el 5 de mayo por la institución Hoover: “Cadáveres amontonados en pirámides, cuerpos tetanizados, adultos, ancianos, niños. Únicamente cuerpos calcinados, alineados hasta el horizonte por los primeros socorristas y los soldados japoneses...”.

Pero cuatro días más tarde, el mismo diario francés, otra vez a ocho columnas, anunció: “Muy sospechosas fotos de Hiroshima” y “Las imágenes publicadas en *Le Monde* hubieran sido tomadas a la hora del terremoto de Tokio en 1923. Investigadores y especialistas de la fotografía han manifestado su escepticismo”. *Le Monde* cometió el error de no solicitar la opinión de personalidades calificadas en Japón, como las del Memorial de Hiroshima, pero no pudo imaginar que la Hoover Institution no haya verificado sus archivos.

“En el corazón de la hambruna”: Yang Jisheng, antiguo periodista de la agencia China Nueva, ahora redactor en jefe de la revista *Las crónicas histó-*

ricas (Yan-huang chungqiu), investigó el Gran Salto Adelante lanzado por Mao al final de la década de 1950. Su padre es una de las 36 millones de víctimas de la hambruna. Su libro, *Loza funeraria (Mu Bei)*, ha sido publicado en chino, en Hong Kong. Si los medios oficiales han observado un silencio total, el autor (nacido en 1940) no ha sido inquietado, y eso que no se autocensuró: “La catástrofe del Gran Salto Adelante es no sólo el resultado de una política errónea sino de la naturaleza totalitaria del régimen”. Para Yang Jisheng, esta historia revela aspectos de la memoria y de sus contrarios, el olvido y los tabúes: “Una nación que no puede enfrentar su pasado no puede tener futuro” (*Le Monde*, viernes 22 de mayo del 2009).

Historia por radio. En Francia, las emisiones históricas tienen mucha audiencia. *Al filo de la historia* y *Dos mil años de historia* en France Inter; *La fábrica de la historia* y *Concordancia de los tiempos*, ambas en France Culture; *Zoom en reversa* en Europe 1. Historiadores-periodistas talentosos animan estas emisiones que van a contra corriente de una visión clásica de la historia. Emmanuel Laurentin (*La fábrica...*) dice que se trata de “mostrar que el pasado no vale sino por las preguntas que le hace el presente. Cuando la sociedad se plantea nuevas preguntas, va a buscar nuevas cosas en el pasado”. *Al filo de la historia* presenta los hechos pasados de manera tan original, que capta la atención de los muy jóvenes: el programa está animado por actores y viene en forma de ficciones. En France Inter, de lunes a viernes, a las 13:30, 900 mil radioescuchas prestan atención a Patrice Gélinet... 